

Suplemento Fotográfico
DE
LA TRIBUNA

DIARIO DE LA MAÑANA
SAN JOSE, COSTA RICA



¿AGONIZA NUESTRA CIVILIZACION?

por JOSEPH CAILLAUX

ex-primer ministro de Francia

LA sola palabra, al pensar en ella infunde asombro. ¡Civilización! Cuántas veces la hemos usado sin darnos cuenta exacta del sentido que entraña, confirmando la paradoja de nuestro gran poeta francés, Sully Prudhomme, quien afir-

maba cierto día en mi presencia que todos los malentendidos y conflictos entre los hombres provienen de su deficiencia en definir su concepto de las palabras o términos convencionales.

¿Puede acaso definirse en qué con-

siste la civilización? ¿Es suficiente declarar, como muchos lo hacen, que consiste en la combinación de elementos pacientemente elaborados por el hombre para facilitar sus relaciones con sus semejantes, y para eliminar uno por uno sus seculares mo-

tivos de desconfianza, envidia y temor? Confieso que esta definición no satisface mi inteligencia. Me parece como si sólo rozara el problema fundamental, sin atreverse a penetrar en su fondo. Me permito sugerir una más terminante, y que con-

(1)

alidero más decisiva. A más ojos, civilización encierra una doble organización de bienestar moral y material.

Tal definición no puede ser fácilmente contradictoria. Pero al entrar a su aplicación práctica, surge una gran multitud de problemas que es difícil cual, sabio o ignorante, guarda de la civilización, del progreso y de la evolución humana una idea radicalmente distinta. Hagamos empeño un esfuerzo para abrirnos paso en el laberinto.

Venimos primero el concepto de la civilización, albergado por los políticos y metafísicos tradicionalistas. Estos mantienen que la civilización sólo puede progresar y florecer a la sombra de lo que ha tenido lugar antes, y que consagra la marcha natural de los sucesos. Según su teoría, la civilización sólo puede progresar permaneciendo estrechamente ligada a la influencia de las épocas pretéritas, respetando una larga casta de fantasmas y prejuicios. No me extenderé sobre este punto, cifñendome a opinar que aunque no conviene como al olvido de las cosas que ya de quienes nos han precedido, el cultivar solamente el respeto al pasado conduce a la inmovilidad y a la contemplación, privándonos de la facultad creadora.

Afortunadamente, la generación contemporánea, desprecia más o menos radicalmente el pasado. Se mira mucho más hacia adelante, que hacia atrás, y en esa falange, pueden distinguirse dos fases mentales muy marcadas. Realistas y utópicos. Pido de antemano perdón a mis lectores por las citadas denominaciones que no deben tomarse al pie de la letra, sino como designación de dos tendencias que poseen múltiples manifestaciones.

Puede considerarse como perteneciente al grupo realista, la gran masa para quienes las palabras progreso y bienestar significan simplemente un aumento en la producción. Sostienen que la condición del hombre ha progresado en relación directa a la extensión de su poderío sobre la naturaleza. Agregan que el descubrimiento, y la adaptación de nuevas fuerzas materiales han dado al hombre múltiples sirvientes, y reemplazado los esclavos humanos de antaño, con esclavos de hierro, acero y electricidad. Dentro de uno o dos siglos, lapso de tiempo insignificante en la marcha del mundo, la naturaleza estará tan sujeta a la voluntad humana, que el hombre formará un vasto patriarcado del cual quedará excluido el trabajador manual.

Los utópicos, menos inclinados que los realistas en dejar el arreglo de los sucesos a la mano de los que tratan de persuadirse de que la suerte del hombre puede mejorar merced a actos directos de sus semejantes. Desapareben la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos privilegiados, los contrastes insolentes de la riqueza con la pobreza, y anhelan equiparar la suerte de todas las criaturas a fuerza de leyes.

La eliminación o la disminución de las asperezas provenientes de la desigualdad de fortuna, forma a sus ojos el problema básico en el progreso de la civilización, y naturalmente, sobredominante y naturalmente la felicidad universal.

He tratado de simplificar las dos tesis hasta el extremo, para dividir las dos tendencias, cuando en realidad, realistas y utópicos se aproximan mucho más de lo que pudiera creerse por las anteriores frases. Casi no hay un realista que ignore que

EL ARTE DE HACER REIR

PARA hacer reír ahora es necesario: o una fuerza de ingenio poderosa, o una cantidad de ridículo inverosímil. Esta no se ha agotado, porque la desproporción entre los méritos y las situaciones oficiales pone la caricada en los labios. Así, pues, los únicos que están seguros de hacer reír son los personajes. Ellos son la alegría de la vida, la única alegría. Si los tales cayeran, si se estenderían, todo fuese gravedad y dolor. Porque hay que ver cómo se esfuerzan y se sacrifican los autores de comedias para convertir en un espectáculo de la vida caritativa que reía siempre en el gesto de bronca. El buen hombre, indiferente a las alegrías ajenas, llega a su butaca o a su palco, pensando en las dificultades de la vida. Alcaza sus negocios van mal, tal vez su hogar es un infierno, la esposa le odia, los hijos le desdennan. Pero el buen hombre sigue su camino, y por costumbre, más que por necesidad de placer, entra en el teatro. He aquí que el telón se ha levantado, y al momento el hombre y su ambiente que él habla de para reírse, y espera la ocasión. Por fin la halla. Sus labios se mueven, de su pecho sale un estertor que hemos conocido en llamar risa, su rostro pierde la seriedad, y los problemas múltiples que el buen hombre lleva en su conciencia pasan a segundo término.

Ma ique grado de energía cómica es necesario en los días presentes medias, los cómicos no están en posición de regocijo de nuestros abuelos y de nuestros padres. Después de leídas nos sorprende la comparación. Entonces, la risa estaba cerca de los labios; hoy se halla escondida en las entrañas. Para estretrechar el corazón regocijándole, hay que disponer de una potencialidad maravillosa.

Así como no se conbce que un soldado moderno resista el peso de las armaduras, que una vez ajustadas sobre el cuerpo, le impondrían cuando se está en el teatro, así no se conbce que el actor que tienen la desgracia de vivir en un período de guerra odiosa, ría de las inocentes gracias de nuestros mayores.

De esta suerte, el hombre que va a su palco o a su butaca ha de sentir estímulos singulísimos para que su faz siniestra se desarrague. Y los más ingeniosos inventores de fábulas amenas se desvelan en su despacho, velan en sus bufetes, revuelven los apuntes que han tomado al estudiar las risas de las multitudes, y una vez terminados el libro, acuden, temerosos, al empresario, al día del estreno sufren un ataque nervioso, en tanto que el público se decide a la carcajada.

Quando el espíritu se halla acongojado, no es el espíritu al que hay que dirigir para que salga de su tristeza. Hay que picar, como con una aguja, en los nervios que determinan la operación de reír. Hay que producir un efecto mecánico. Y para eso, el noble ingenio de Moliere no sirve. Preciso es exagerar la cosa, pasar de la comedia a la bufonada; del histrion, al camorrista, al hihilj donante, a la descompuesta y toda "ganada". De suerte que la risa experimenta modificaciones a través del tiempo y de las circunstancias? Ciertamente. Voltaire, en su "Diccionario filosófico", analiza el sentimiento de la risa, y dice que los que buscan las causas metafísicas de ese movimiento que reñra hacia las orejas el músculo zygomatico, uno de los trece de la boca, no son sino los bobos.

Y luego camina para la alegría del animal con la del ser humano. Tienen los animales, como nosotros, ese músculo; pero ellos no ríen de júbilo, como no lloran de tristeza. Y concluye con esta amarga verdad: "El hombre es el solo animal que ríe y llora". Reír, llorar. . . Son dos impulsos que vienen del corazón y que suponen un esfuerzo. El buen hombre de mi anécdota ha de luchar contra sus angustias, para que el actor mulla en el estado de su conciencia. "Y si ella, está abrumada de penas, el actor ha de realizar prodigios para conseguir lo que se propone.

ventajas de una distribución equitativa de la riqueza, y tampoco hay un utópico que no reconozca los beneficios que pueden derivarse del desarrollo de la producción en masa. Todo hombre ilustrado aprueba, es seguro, la tesis de la urgente necesidad de presentar al advenimiento de sociedades trabajando en armonía para provecho mútuo, en vez de grupos antagónicos como existen hoy. Pero persiguiendo el mismo fin, difieren las dos escuelas en los mejores medios para lograrlo.

He allí el punto débil. Utopícos y realistas caen en un error patente. A pesar de sus protestas, el fin perseguido, es una suma mayor de comodidad material. Para la mayor parte, el progreso de la civilización es sencillamente cuestión de estómago.

Me parece ir las voces de protesta de mis interlocutores imaginarios. Me dicen que buscan mayor comodidad solamente para extender su cultura, para dignificar a sus semejantes y atraerlos en una armonía perfecta. Piensan acaso sinceramente que

palabra adaptar, y no copiar. No podría ver sin la más profunda preocupación que Europa copiará métodos adecuados para países nuevos, pero que no podrían implantarse sin graves quebrantos en comunidades más antiguas.

A más ojos, cada obrero debe ser un artista en su género. La constante repetición de un mismo gesto o movimiento, tiende a degradarlo completamente. Lo transforma en acciones más graves. El trabajo para sí mismo y para la comunidad.

Sin pecar de exagerado, me atrevo a asegurar que muchos de los más maravillosos inventos modernos fueron preparados o descubiertos por trabajadores bajo el ánimo de sus diarias tareas. El invento de un tejedor desconocido creó el telar mecánico. El gran geómetra francés Monge, declaró haber encontrado los elementos de geometría aplicada en las figuras de piedras, contruñidas por los albañiles. Podemos afirmar que cambios que muchos progresos técnicos recientes, el resultado de la asociación de los obreros a sus tareas. Este resultado, precioso para el bienestar común, es imposible cuando el trabajador se ve reducido al papel de autómatas.

No tiene que trabajar tanto, ni tan largo tiempo, se ve libre. Sus gananciales son infinitamente superiores. Cada cual tendría tiempo para gozarse de su automóvil, ir al teatro, etc. "Concedido! Pero veamos. ¿Gana algo su espíritu o su alma con estas diversiones triviales? El operario o trabajador que abandona sus tareas, se agotará por sí mismo, y escho horas de constante aplicación animal a una máquina o a una palanca, se transformará muy pronto bajo las fuerzas de las circunstancias en un ser mecánico y sin iniciativa.

Todo prodigioso ser las consecuencias? Todo prodigioso es atrevido. Pero trataré de explicarlo en unas breves líneas.

Preveo que los trabajadores, por un tiempo, estarán satisfechos de ver llenadas sus necesidades materiales, pero poco a poco, se irán agotando en un anhelo de bienestar. Surgirá una civilización de medians, obedientes y amorfas. Pero esa vañta masa, sin opiniones ni ambiciones, será a la vez fácil presa de la inflamable oratoria de quienes quieren explotar su pasividad. El cansancio de la monotonía, y deseo de cambio llevará al movimiento. Surgirá una civilización, sumiendo al mundo en un cataclismo social sin precedente.

Nuestra civilización es frágil en su grado. Hemos progresado en las ciencias, y realistas y utópicos se disputan estas armas, cerrando los ojos a los peligros que encierra. La ciencia se halla al fin lista a destruir lo que ha creado. Mañana, podrá en mano del hombre elementos tan terribles que todo lo imaginado palidecerá ante sus posibilidades. Así, a menos de estar conscientes de los peligros que encierra, en la antigua fabulad devorando a nuestros propios hijos.

No debe decirse que este peligro ha existido siempre. Los medios de destrucción han aumentado en forma asombrosa. No hay comparación entre la catapulta, el arcabuz y los ojos de los aterradores descubrimientos de los últimos cincuenta años, durante los cuales ha comendado al hombre a robar el rayo eléctrico.

La ciencia debiera contribuir solamente para el progreso pacífico de la humanidad, pero ¿cómo lograrlo?

(Continúa en la página 7)

DETALLES PARA EL HOGAR

Parece imperar la sencillez en el arreglo interior de las habitaciones, obteniéndose el efecto modernista gracias al uso discreto del colorido.

por ESTER DIAZ-FREM



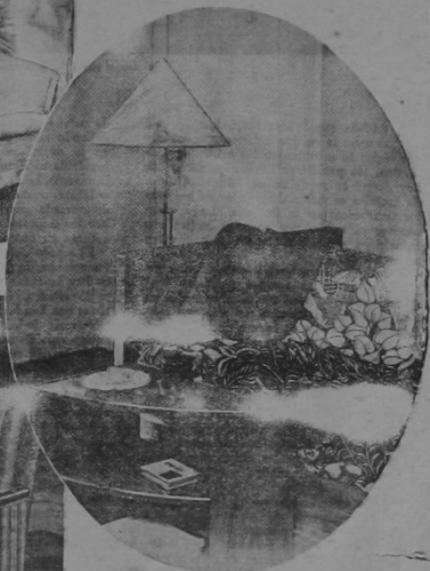
El decorado del salón gana en ligereza y seducción merced al papel tapiz bambú, importado del Japón.



Este mueble original, fué ideado para albergar los álbums conteniendo discos de fonógrafo, pudiendo abrirse uno sobre la parte superior.



Las senvillas cómodas de amplias gavetas llenan imperiosas necesidades del guardarropa masculino.



El sofá donde puede descansar después de las faenas del día, puede cubrirse con un tejido de grandes dibujos azul marino y blanco, que contrasta con el azul rey de los muros, y el rojo violeta de la alfombra.

A la izquierda, vemos un modelo de mesa baja, de hierro colado. Tiene la parte superior móvil, para facilitar el servicio.

LOS PIELES ROJAS

por ROSA GARCÍA



"Los jugadores", cuadro al óleo de J. Sharp.

A medida que fué extendiéndose de este a oeste la cultura europea que durante dos siglos se mantuvo en las orillas del Atlántico, los primitivos habitantes de lo que hoy forma la república de Estados Unidos de América se vieron despojados de sus vastos territorios por la invasión blanca, marcándose el suceso por cruentas luchas que todavía se recuerdan por los protagonistas sobrevivientes.

Los últimos encuentros guerreros entre los pieles rojas y las fuerzas federales ocurrieron en efecto hace escasamente medio siglo. Antes de la invasión del riel, que simbolizaba a sus ojos el avance de una fuerza imponderable, el indio errante vió llegar el arado y las pesadas carretas de sus enemigos tradicionales. Diezmados por las enfermedades y los vicios, perseguidos como animales salvajes por los primeros colonos que veían en cada indígena una traición y un peligro, los pieles rojas fueron quedando reducidos a unas minorías insignificantes, que las autoridades federales dispusieron encerrar en territorios limitados, como seras dachinos.

Pero la victoria que no pudieron lograr los breves guerreros que se opusieron con desiguales armas a la penetración blanca, parece ahora estar en vía de ocurrir por la influencia creciente que ejerce su recuerdo en el americano, cuyos pintores, escritores y poetas buscan en la época pre-colonial la inspiración para crear un arte netamente indio-americano, cuyo colorido y romanticismo no le va en zaga a la cultura precolombina de México y el Perú.

El indio norteamericano ocupa hoy un lugar preferente en el desarrollo artístico del conglomerado que puebla los territorios don-

de antaño merodeara cazando bisontes y degollando enemigos. El interés del público en la evolución cultural del indio ha sobrevivido al drama de los cruentos días de la marcha hacia el oeste. En los vastos territorios arrancados a México a raíz de la desgraciada guerra de 1847, se encuentran hoy los empurios indígenas donde acuden los artistas en busca de inspiración.

El estado de Nuevo México contiene restos notables de pueblos precolombinos. Taos es hoy la Meca de los aficionados a los estudios citados, contándose más de ochenta artistas que han hecho allí su hogar, para penetrar en los diversos aspectos de la primitiva vida de los pieles rojas.

En los últimos años, no sólo las autoridades, sino también el público y los arquitectos han parecido participar del entusiasmo por la pintura indígena. Al recorrer el este, puede verse que no hay un edificio público o privado donde los frescos murales, las esculturas o los cuadros al óleo no hablen del piel roja desaparecido, como del fundador de la cultura de hoy.

Juzgando solamente su valor histórico y humano, la evolución del piel roja es emocionante; remontándonos al siglo XVI, vemos que los franceses fueron los primeros en interesarse por llevar al lienzo la vida indígena, como lo atestiguan los cuadros de Le Mayne y White que todavía se encuentran en las galerías del palacio de Versalles.

Además de su punto de vista sentimental e histórico, debe tomarse en cuenta que el piel roja primitivo poseía un desarrollo físico envidiable. Sus músculos ejercitados, y su cuerpo ágil parecían guardar consonancia con sus alcances espirituales, y el perfecto equilibrio del cuerpo hubiera podido servir de ejemplo al más ejercitado acrobata de hoy.



El indio poseía la dignidad del gesto, sin la exageración que el blanco aportaría en idéntica posición. Lo rodea además un aire de misterio, nacido no solo de su diferencia racial, sino de la impenetrable reserva que rodeaba todos sus actos. Estas cualidades han contribuido a formar la popularidad de que gozan los cuadros de indios, y justifican su boga.

La historia de los primeros artistas contemporáneos que intentaron una resurrección del arte piel roja como la fase más interesante de la evolución cultural de Norte América, se remonta a las postrimerias del siglo XIX. Bert Phillips y Ernesto Blumenschein, recien-



Dos casidos de indios (Cuadro de W. B. Wood)

COJAS DESAPARECEN

OSA GARCIA TOVAR



"El altareo", cuadro de Irving Couss. Al centro, a la izquierda, "Guerreros Sioux", por Danton.

fente de inspiración.

Sobre el rojo cobre del desierto, el sol pintaba con ruda cruzeza las menores sombras, mientras el aire mismo, parecía conspirar para formar en el horizonte coloridos brillantes que herían la pupila. Los campos de los contornos estaban cultivados por los indígenas descendientes de los primitivos pobladores, mientras a corta distancia, podía verse los edificios coloniales de Taos, en el mismo estado en que los dejaron los arquitectos españoles trescientos años antes, al establecer esa avanzada de la cultura hispánica en el desierto.

Nuestros aventureros vieron en la orgía de colorido un campo excepcional para su paleta. Los indígenas conservaban todavía gran parte de sus ceremonias primitivas, y parecían poco contaminados por la presencia del blanco. Phillips y Blumenschein vendieron sus caballos y su tienda de campaña instalándose a pintar. El primero no ha vuelto a salir del lugar en más de treinta años, y así fué fundada la interesante colonia artística de Taos, donde todo pintor que se respeta ha pasado algunos días en busca de inspiración para un cuadro sobre el indio americano primitivo.

Volviendo a los primeros días de Taos, pronto descubrieron nuestros amigos que existían en el sitio muchos tópicos de interés, fuera de la belleza natural del lugar. En el valle que llegaba hasta el desierto, vivían grandes grupos de mercedarios y bandidos, que habían ido refugiándose allí huyendo de la justicia. Separado del resto del mundo civilizado por cincuenta kilómetros de distancia, sin ferrocarril, ni camino digno de mencionarse, Taos era el paraíso de los despreciados de la vida.

Este elemento novicio, había ganado pose-

sión del lugar, atemorizando a los pobladores indios. Los juegos de azar y los desahos eran los pasatiempos favoritos. Todos dormían en semi-fortalezas, con el rifle al alcance de la mano, y nadie salía de noche sin estar acompañado por fuerte guardia.

A pesar de esos inconvenientes, Phillips estaba resuelto a quedarse en el sitio y a pintar a los indios. Blumenschein se marchó a México, separándose de su compañero, quien no sólo emprendió con ardor su tarea, sino que penetró poco a poco en la amistad de los indígenas, ganando su confianza y tratando de unir a los mejores elementos del pueblo para resistir la dominación del puñado de bandoleros que regia los destinos del lugar.

Pocos meses después, llegó de nuevo su antiguo amigo, acompañado de otros dos artistas. Cada cual se instaló como pudo para dedicarse a su arte favorito, pero si bien pasaban varios meses de cada año en Taos, se alejaban al llegar el invierno. Sólo Phillips se mantuvo firme en el sitio. Andando los años, fueron llegando otros. La civilización trajo la construcción de un camino donde pudieron transitar los automóviles. El elemento novicio fué extinguiéndose, y Taos fué perdiendo su carácter primitivo, aunque conservó a los ojos del artista la mayor parte de su encanto, consistente en el colorido de su ambiente.

El indio piel roja poseía el mismo gusto por los contrastes de colores que los demás habitantes primitivos del continente americano, aunque sus tejidos, y su sentido artístico no pueden compararse con el grado de adelanto de los pueblos del sur. En cambio, su vida nómada contribuyó a formarle un físico envidiable, y el cuerpo de sus guerreros.

(Continúa en la página 7)

salidos de la Escuela de Pintura de Roma, notaron con desmayo que la era más interesante de su patria, la era del Piel Roja, iba cayendo rápidamente en el olvido, sin subsistir en el lienzo el colorido y las costumbres de los vencidos rojos cuauhtlecas había reconocido el blanco, al quedar casi exterminados los indígenas.

Viajando lentamente en diligencia, por el sur del país, llegaron los camaradas al soñoliento pueblo de Taos, simple aldea a la sazón, que vegetaba indolentemente entre el Río Grande y la cordillera de Sangre de Cristo. En ese apartado pueblo, despojando de toda cultura, crecieron encontrar los jóvenes artistas una inagotable

De invencibles.
(Cada día se resaca)

LA DESILUSION DE CHANO LUCO

por MARTA BRUNET

SE lo estaba diciendo siempre: —M'hijito lindo, nadie lo quiere en el mundo más que su mujercita, nadie, nadie, nadie . . .

Chano Lucó la miraba con los ojos muy negros inescrutables, sonreía con un gesto sarcónico que le arremangaba el labio superior mostrando de la fuerte dentadura deslumbrante, agachaba luego la cabeza y se quejaba muy e impertérrito, mientras la mujer seguía en sus apasionadas palabras de cariño.

—Lo quiero, lo quiero más que mi misma vida, lo adoro a mi negrito precioso. Sólo a usted quiero, a usted y nada más. A ver, míreme . . . Y como la cantinela solía hacerse pesada, Chano Lucó la interrumpía a veces.

La mujer callaba un instante, dilatadas las pupilas patéticas de apasionada, con la boca en temblor de pena y un arranque de nerviosa que la hacía abrazarse al hombre y decirle:

—Aunque me lo pregunte, se lo digo y se lo vuelvo a decir: lo quiero, lo quiero y lo quiero. ¿Qué? no le gusta que se lo diga?

—Así, así . . . ¿Y por qué usted no me dice nunca que me quiere? ¿Es que no le quiere o es que no le gusta decirme lo?

—Las cosas más vale sentirlas que decirías. La quiero puesto que me casé con usted.

En los primeros meses de casados Chano soportó con cierto agrado la palabrería en que la mujer lo anegaba. Le creía el orgullo ese carisma en borbotón de frases, le halagaba el amor propio. Pero después empezó a cansarse con la repetición, con la insistencia. Llegaba a la casa y, apenas la mujer lo veía, se le colgaba al cuello, diciéndole su amor.

Era inútil querer hablarle de otra cosa, interesarla por las faenas agrícolas, por los acontecimientos castros. Para ella no había otro tema. Chano Lucó sentía a veces deseos de buscarle pena, de reñirla lisa y llanamente, prohibiéndole que hablara de eso. Pero no se atrevía. Primero, porque en el fondo de su alma reconcentrada de montañas había un enorme cariño por la mujer y segundo, porque la muchacha, recogida por los diucos de un fundo vecino al quedarse huérfana muy pequeña y criada entre ellos con cierta holgura, tenía un modo señorial que le imponía respeto a él, huaso neto, propietario de una hijuela, sin ninguna educación ni otro mundo que la montaña.

Y así quedaron las cosas: la mujer diciendo su amor con ojalería de idea fija, y él le contestaba indiferente, acostumbrado, sin emoción, pero absolutamente convencido de que ella lo adoraba.

Un día que una tarde, conversando con su amigo Lucho Villagrán, que se quejaba de lo inconstantes que eran las mujeres, de cómo saben bien encañalar con palabras dulces, muy tranquilas en su certeza, Chano Lucó dijo:

—De la única mujer en el mundo que estoy seguro de que no encañala y que es firme como piedra para querer, es de mi mujer. A toda hora me lo está diciendo: —"Lo



quiero, lo quiero, para mí no hay nada más que usted en el mundo."

—¡Je!—rió el otro. —Eso lo dicen todas. La chicheula por la que usted pensando ahorita me decía lo mismo. Y a la primera de cambio me dejó plantado por otro que tenía más posibles que yo. Son animales muy interesados las mujeres y muy caprichudas para remate de males . . .

—Pero no lo son todas. Yo en la Carmela tengo una fe ciegueta. Ya llevamos cerca de un año casados, y no la he pillado en un renuncio.

—¿Así que cree que ella lo quiere a morir?

—Pero claro, pues . . .

—¡Je!

—No me venga con risitas . . .

—Si no me río na . . .

Y como Chano Lucó se picara con la burla que balaba en los ojos de su amigo, contó cuánta palabra le decía Carmela y cómo era cariñoso.

—Siempre me dice: "Si uno de los dos ha de morir primero, que sea yo, porque si el Señor se lo lleva a sol y me queda sola, me vuelvo loca de pena. Yo siempre le pido al Señor que me lleve a mí y no a usted."

—¡Je!—volvió a reír Lucho Villagrán. —La muerte tiene muy mal las caras, mi amigo. Esas son pocas palabras. Si llegara el caso, ya diría la Carmela otra cosa. La muerte es muy fea. Acuérdese que es un gallo pelado . . .

—Yo metería la mano en el fuego porque la Carmela dice la pura verdad. Usted no la conoce y no puede saber cómo es de buena y de cariñoso.

—Buena será; ni un momento lo pongo en duda; pero desconfíe de sus palabras . . .

—Apuesto cualquier cosa a que la Carmela dice la pura y santa verdad.

Lucho rió socarronamente, con risa que era para el otro un acicate y una ofensa, y dijo al fin:

—Apuesto lo que quiera, pero siempre y cuando se hagan las cosas como yo digo. ¿Hace?

—Hace.

Y un largo rato hablaron animadamente y fueron y vinieron los dos amigos, conviniendo y preparando la trampa que sería para Carmela la

medida de la verdad de sus palabras. Y era prima noche cuando Chano Lucó y Lucho Villagrán se separaron bajo el pestañear de las estrellas de plata en la comba turquesa del cielo veraniego.

Al llegar a su casa, Chano dijo a su mujer que, como siempre, salió a recibirlo con idéntica letanía:

—Apure la comida, voy muy cansado y quiero acostarme luego.

—En un volando estará todo; voy a darle un grito a la chicheula.

—Y se fué adentro a dar órdenes. Chano se fué entonces al pasadizo a esconder en un arcon un bulto que traía muy disimulado bajo la manta.

Comió, se quedó por la mujer atenta y cordial. Y como apenas probaba los guisos, iba ella asediándolo a preguntas.

—¿Por qué no quiere comer?

—¿Está enfermo? ¿Le duele algo?

—¿Qué le pasa a mi pichicho querido?

—¿Tuvo algún mal rato?

—Me duele la cabeza —dijo el hombre, desabridamente.

—Le duele la cabeza . . . ¡Ay! Señorito mi Dios . . . Mi lindo, mi amor . . .

Lo que falta es que se me vaya a enfermar. No, Señor. Tú no puedes permitir una cosa así . . .

—¡Orlequeab, pasándole una mano convulsa por la cabeza.

—No es para formar tanta alharaca —y Chano Lucó sonreía interiormente, porque los pucheros de la mujer le parecían el colmo de la sinceridad y se veía ya saboreando el vino que era la apuesta hecha con Lucho Villagrán.

Terminó la comida para, fumó un cigarrillo y luego, seguido por la mujer, se fué a acostar.

—¿Qué hace?—le preguntó ésta, viéndolo improvisar con mantas y choquinos una cama en un rincón.

—Arreglar una cama para dormir aquí.

—¿No quiere dormir en su cama?

—¿Por qué? ¿Va a dormir en el suelo?

—¿Me va a dejar dormir solo?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Está enojado conmigo?

—No tengo nada; me duele la cabeza y quiero dormir tranquilo.

—No, no; en ese caso, yo dormiré en el suelo y usted que está enfermo duerma en la cama. ¿Cómo se le ocurre que enfermo y todo lo voy a

dejar dormir en el suelo lo mismo que si fuera perro?

—Voy a dormir aquí —dijo el hombre firmemente— y usted va a dormir allá.

—Pero ¿por qué?

—Porque me da la gana —contestó, exasperado y con voz agría.

Fué un derrame de lágrimas y un echar suspiros y ayes insacabables, pero al fin, viendo que Chano Lucó no cedía, ni contestaba, ni la dejaba acercarse, Carmela acabó por meterse en la cama, mientras el marido se arrollaba en las mantas y al poco rato se dormía profundamente, dando sonoros ruidos. Y la mujer,

causada de llorar y hasta cierto punto reconfortada al oírlo dormir y, por lo tanto, viéndolo libre de una mala noche, terminó por dormirse a su vez.

Despertó al amanecer, cuando ya una luz de sol entraba por las rendijas de la ventana dando una semicircularidad que hacía fantástico el contorno de las cosas familiares. En la inconsciencia del despertar, se quedó pensando en por qué no estaba con ella Chano, y cuando recordó que dormía allí en un rincón, enfermo y por capricho, se abrió un tanto para mirarlo, escrutando en la penumbra.

Y, desparavida, vio que en medio de la pieza, todo sin plumas y sangrante, el gallo pelado de la muerte vacilaba en sus patas, cayendo y levantándose, medio ciego, avanzando un paso en dirección a su cama, retrocediendo otro en dirección a la cama improvisada de Chano. Pero el ave, de pronto, pareció tomar bríos y esta vez sin vacilaciones se dirigió hacia ella.

La mujer sentía que se le helaban las carnes, que un sudor frío le humedecía las sienes, que los ojos se le desorbitaban de espanto. Era el gallo pelado de quien tanto oyera hablar en las veladas campesinas, cuando los viejos dan el saber de su experiencia en los cuentos maravillosos. Era el gallo pelado anunciar de la muerte, de la muerte que tantas veces había llamado en sus protestas de amor, la muerte que venía a abrazarla a ella, la muerte que venía a obligarla, a cumplir con sus palabras . . . La muerte . . . La muerte . . . La muerte . . .

Entonces, castigado los dientes y con gesto alocado y silencioso, mirando con terror el ave que avanzaba medio a la zorra, pero resnelentemente, la espantó con las manos, indicándole el rincón en que estaba la cama de Chano, hablándole muy bajito palabras de símplica.

—No, a mí no; no me lleve a mí, es él el enfermo. Yo estoy bien de salud. Yo no quiero morir.

Y como el gallo pelado seguiera avanzando, la mujer, enloquecida de terror, se sumió entre las sábanas, tapándole la cabeza con las ropas, con el alma de credulidad murmurando oraciones y conjuros.

No pudo ver cómo el ave retrocedía, dando siempre la sensación de ser arrastrada, ni vio la cara de asombro doloroso que tenía Chano Lucó al comenzar a vestirse, ni vio la cara amarga con que después saludaba a su amigo Lucho Villagrán entregándole sin explicaciones la da-

mujana de vino que era la apuesta.

Cuando la mujer más tarde quiso volcar su apasionamiento en los ojos del marido — ya pasado el suso y convencida de que sólo había visto una fantasía de su imaginación



— Chano Luco le dijo, mirándola con ojos inscrutables, alba de dientes la sonrisa, muy tránquila, muy acorralada, acullando muy bien el dolor de su desilusión: —Acérrrese del gallo pelado . . .

—Entonces, usted también lo vió? — preguntó la mujer, estupefacta.

—También lo vi y no le tuve tanto miedo como usted, ni lo espanté para el lado de su cama . . .

—Es que . . . — y calló la mujer, con la vergüenza amulándole en sollozos la garganta.

Desde esa prueba Chano Luco vive en su desilusión, porque la mujer no lo inunda en palabras apasionadas. Ahora sólo en hechos le demuestra su querer.

Así terminó su historia doña Clorinda, una noche en que tomábamos mate junto al brasero de amplia baldosa dorada, en la sala de muebles de caoba de noble prestancia, olorosa a manzanas y a azúcar quemada, con el gato dormitando y la lora en inquietud de desvelo, allá en Quilmo, el pueblucho agazapado en las montañas tan ocultamente.

Antes de salir póngase CREMA HINDS



Ya sea que la lleven en auto



O que salga usted a pie

Lo indicado es usar la Crema Hinds para proteger el cutis



Y al regreso póngase CREMA HINDS

RAYO DE OTOÑO

BAJO un cielo de oro cruzamos la avenida llena de tuberosas tibias y roisencoras. El viento, dulce y suave, agita las flores, sobre las que la tarde, se detuvo, dormida. Mi alma medita, pálida, amorosa; evocaba en esa hora lírica sus romances una fuente ondulaba apenas sus rumores en alas de la brisa de fragancias ungiada. Paso a paso llegamos al estanque sonoro. Y ella dijo: "La tarde, como un pájaro de oro viente, sobre nosotros, su más fina dulzura. ¡Ah! morir, cuando se aman los verdes melancólicos, cuando cada carola solloza de blancaura, y el espacio se llena de rumores cólicos . . ."

Eugenio Díaz Romero.

¿AGONIZA NUESTRA CIVILIZACION?

(Viene de la página 2)

Lo que me preocupa hondamente, y que seguramente presenta una formidable interrogante a todo el que reflexiona en ello, es que la ciencia destructora ha progresado enormemente en medio siglo, mientras que la natalidad ha quedado estacionaria, o ha disminuído. La mente parece haber obedecido magníficamente al poder de los descubrimientos. Cuando ha brotado la reacción, atópicos y realistas han marcado el compás. Por un lado, la glorificación de la producción, por otro, la mejor distribución de la riqueza; ambos han tendido a alejar del hombre la visión del cielo, incliniéndolo hacia la tierra.

Hemos llegado a una época en que, siguiendo las palabras de un

gran escritor británico, la existencia del hombre depende de su facultad en descubrir una regla común para su vida espiritual. No entraña esto la introducción de un nuevo credo, sino una nueva interpretación de moralidad. Desde los albores de los tiempos históricos, el hombre no ha añadido una sola línea a sus virtudes.

Las grandes renovaciones son periódicamente necesarias. Debemos descubrir nuevas reglas vitales, y dar así nueva justificación a las antiguas virtudes. Al insistir en los peligros que cierran el paso al futuro, quizás surja bajo otras palabras la substancia del sermón de mútuo amor y tolerancia, que encontramos en los escritos de Epicteto, tanto como en los sermones de Jesús de Galilea.

LOS PIELS ROJAS DESAPARECEN

(Viene de la página 5)

ros, que parecían estatuas de bronce, fueron desde entonces la admiración de sus contrincantes blancos.

La derrota del indio forma una de las páginas más tristes de la evolución del continente. Ninguna arma fue omitida para degradarlo y sujetarlo, completado la acción del campo de batalla; aunque los panegiristas del blanco afirman que hay hoy día más pieles rojas que a la llegada de Colón, sus datos carecen de solidez histórica, pues en la inmensidad del territorio de lo que es hoy la Unión, no existían conglomerados de habitaciones permanentes, sino bandadas que vagaban al acaso, buscando siempre lugares de caza o de pesca propicios donde acampar, por la cual todo cálculo es imaginario.

En el sur de Estados Unidos, en Oklahoma y en Texas, varias tribus que recibieron terrenos del gobierno federal, se han visto enriquecidas por el descubrimiento de grandes yacimientos de petróleo. Es frecuente ver en esas regiones a los descendientes de los grandes caudillos que no conocían otra montura que los po-

tros salvajes, paseando en lujosos automóviles, revestidos de vestimentas europeas, pero sin abandonar sus tradicionales peinados. Sufriendo del mismo prejuicio racial que honda las diferencias culturales entre los varios grupos étnicos del blanco, el piel rojo no se mezcla con el blanco. Este considera una deshonra la unión con el indígena, quien a pesar de su relativa riqueza, está considerado como un inferior. Hasta el año próximo pasado, el piel rojo no tenía derecho a ejercer el voto, ni participaba en ninguna de las actividades gubernativas del país.

Por todas esas circunstancias, es tanto más notable el triunfo de la cultura indígena. La popularidad que gozan los cuadros que detallan la vida primitiva de los aborígenas, es hasta cierto punto una reivindicación de su importancia, y una satisfacción rendida por la edad del hierro en que vivimos, a las grandes virtudes que representaba la raza vencida.

¡AQUI ESTA SU OPORTUNIDAD!

Podrá progresar en su trabajo, aprendiendo inglés en su casa en poco tiempo por un método interesante y fácil. Necesario solamente pocos minutos diarios. Sorprendientes resultados. No pierda un momento.

Pida nuestros informes ahora mismo.

EL INSTITUTO UNIVERSAL (D. 53) NEW YORK

Un famoso Boxeador se vestía de mujer

Ha causado admiración en Nueva York el hecho de que fuera arrestada una muchacha que vestía elegantemente, a quien se acusaba de hacer proposiciones deshonestas a otras mujeres. Una vez llevada a la comisaría, se comprobó que se trataba del ex campeón del mundo de peso medio pesado, Steve Wiszuld. Se descubrió que hace algunos años había asesinado a un vecino, y que empleaba el traje femenino para escapar a la acción de la policía.

Un secreto de Francia



Las FAVORITAS de los reyes se bañaban en crema para conservar la piel satinada, flexible y de lechosa transparencia. La mujer moderna ha descubierto el secreto de un sustituto económico, pero igualmente eficaz, y cede su secreto a las encantadoras mujeres de la América.

Basta agregar al baño unos paños de Maizena Duryea. Después, bañarse como de costumbre usando el jabón predilecto. Esto basta para que la piel quede tan suave y satinada como un pétalo de rosa.

Este verdadero baño de belleza le deja al cuerpo, además, una sutilísima capa de Maizena Duryea que lo protege del roce de la ropa y de la humedad del ambiente. Haga usted la prueba y délitese.

CORN PRODUCTS REFINING CO.
Departamento de Exportación
17 Battery PL, New York City, U. S. A.

MAIZENA DURYEA



EL BUEN HUMOR DE LOS DEMAS



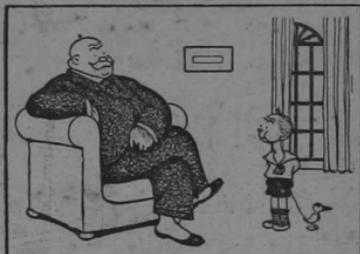
—Hijo mío, tienes el pelo demasiado largo. Hoy te lo voy a hacer cortar.
—No, mamá, no. Yo no quiero parecer una niña.



—¿Pero qué hace usted, señor?
—Nada, hombre, no le asustes. Que se me ha dormido este pie.



El. — ¿Le gusta a usted la música?
Ella. — ¡Ya lo creo! Pero no importa, siga usted tocando.



—Papá, ¿qué es un monólogo?
—¿Un monólogo?... Una conversación entre tu madre y yo.

REGIONAL



—¡Pero si estamos volando sobre París!
—Entonces la tortilla va a ser a la francesa.



PLATICAS DE FAMILIA
—¿Y qué se siente cuando se está casado, Juanito?
—Pues eso. ¡Estarlo!
(De *Passing Show*, Londres)



—Se ha escapado mi mujer. Lo que siento es que se ha llevado muy poco dinero, y tendrá que volver pronto.
(De *Der Gemutliche Sachse*, Leipzig)



—Todos los años me dice mi mujer lo que quiere como regalo de su santo.
—¿Son muy diversos sus gustos?
—No. Hace diez años que me está pidiendo un piano.
(De *Sandagegmaße-Strisse*, Estocolmo).



—Muchachos, caminen un poco por la pieza. Se me cayó la aguja de zurcir y no la puedo encontrar.



El piloto. — Señorita, una ala se ha roto, tendrá usted que echarse con el paracaidas.
Ella. — ¡Imposible! Hay mucha gente allá abajo y me puede ver las piernas.



—¡Ahora mismo devuelves ese salchichón, y dices que te lo envuelvan en un folletín más interesante!

(De *Pages Gales*, Iverdon)